

Miguel Cané ⁽¹⁾

Miguel Cané prodigó su vida dondequiera : la política desvíale del estudio ; los ocios sociales indisciplinan a su innata inteligencia ; el ajetreo diario roba a sus horas la esencia de sus ilusiones...

Naturalmente que el fruto resintiósese con el cultivo mediocre : el fruto perdurable, desde nuestro punto de vista, que es el estético. Bien se nos alcanza que hay que contemplar en el escritor al diputado, al director de correos, al intendente de Buenos Aires, al diplomático, al ministro nacional. Mas la posteridad olvida estos aspectos de su existencia y sólo advierte las virtudes del artista, lamentando que no florecieran — por los menesteres apuntados — todos los rosales de su huerto.

En él había, sin duda, un hondo amor por el arte y las letras, cuyos resplandores le guiaron entre las lobregueces mundanales y le señalaron un arca purificadora en la fundación de una casa de altos estudios, que triunfa con el espíritu de Ariel cuando ya se creía a Calibán dueño y señor de la metrópoli porteña. La Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires no ha olvidado a su primer decano : el doctor Miguel Cané.

Nuestro crítico se educa en la recordada escuela positivista. Amadeo Jacques fué su maestro en la enseñanza secundaria : « Yo

(1) Estas páginas pertenecen al cuarto, y último tomo, de *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, consagrado a la « crítica », que aparecerá próximamente.

era entonces — confiesa — como casi todos los jóvenes de esa edad que han recibido una educación análoga a la mía, un dechado de escepticismo, hasta cierto punto inconsciente. No tenía ideas fijas, porque mis estudios habían sido vagos y superficiales. Había estudiado filosofía casi del mismo modo que se estudia derecho internacional, esto es, pasando revista a las opiniones de las autoridades consagradas por el juicio universal.

« Voltaire y los enciclopedistas me parecían irrefutables, y las doctrinas materialistas no me presentaban duda ninguna. No comprendía el deísmo y no me asustaba el ateísmo. Hubo un tiempo en que me incliné decididamente al budismo, sólo porque había leído un artículo de Barthélemy Saint-Hilaire en que criticaba esa religión, por la ausencia de Dios » (1).

Semejante educación trajo consigo nebruras de noche sin esperanzas de aurora. La ciencia había secado la fuente eterna sin lograr aclarar el enigma. La razón había suministrado verdades que el corazón no comprendía. « El mundo moderno — dice Cané — está fatigado : pesa sobre él la ciencia de veinte siglos y la tremenda responsabilidad de un porvenir incierto... La civilización avanza sin duda alguna en el sentido de la dignificación de la especie : ¿ sabemos más, valemos más, somos más felices ? » Esta pregunta, que recuerda la de Anatole France, hacia la misma época, recibe la común respuesta : « Nos domina una lasitud imponderable, una monotonía íntima que nos abruma... » (2).

El amor de la ciencia, sin embargo, le acompaña hasta los posteriores días. No en balde Spencer había marcado a toda su generación. En un discurso universitario, en nuestra Facultad de letras, traza la apología del método científico y defiende la psicología experimental.

No obstante ello, su aguda inteligencia le emancipa de la ley científica, en lo que ésta tiene de seco y categórico, y le señala la perspectiva de otras verdades, infundiéndole cierta comprensión

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Ensayos* (con una introducción de Norberto Piñero), página 165, Buenos Aires, 1919. Edición de « La cultura argentina ».

(2) Véase *op. cit.*, página 179 y siguientes.

más de mundano que de filósofo. Claro es que la tolerancia conquistada fué en desmedro de la ley absoluta, eterna e intangible, y que sólo apoyábase en un escepticismo sin pasiones ni ilusiones. Acaso en su juventud la llama viva caldease sus ideas: se indigna con el imperio de Maximiliano de Austria, en nombre de la libertad civil de América; se indigna con el « Fraile » de Ricardo Gutiérrez — su cordial amigo — en nombre de la libertad religiosa...

Después comprendió que los hombres y las instituciones pasan, como sombras chinescas, por el panorama del mundo, y que sólo la vanidad mueve nuestras acciones; comprendió que el *Ecclesiastes* encierra la palabra última, y que a nada conduce la persuasión cuando impera el egoísmo, y que a nada conduce el dogma en un universo de apariencias.

Es fácil que sonriera, con escepticismo benevolente, ante la doctrina de algunos de sus amigos, como Estrada y Goyena, y que las abejas de Renan, por él tan encumbrado, le hiciesen olvidar los dardos de la refriega santa.

El maestro francés dióle el sentido de la ironía en lo humano y el sentido de la mesura en el arte. Cuando le contempla en el Instituto, deja correr el raudal de sus impresiones: « Un vago enjambre de recuerdos vienen a mi memoria y agitan mi corazón. La influencia de aquel hombre sobre mis ideas juveniles, la transformación completa operada en mi ideal de arte literario por sus libros maravillosos, la música inefable de su prosa serena y radiante... » (1).

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *En viaje*, etc. (precedido por un juicio de Ernesto Quesada), página 56 y siguiente, Buenos Aires, 1917. Edición de « La cultura argentina ».

Hacia la época en que nuestro Cané escucha a Renan en el Instituto de Francia, y le pinta como a un « prior de convento del siglo xv », cuyo vientre, « gala del cura de Mendon », agitábase con el « último soplo de la risa »; hacia la época, Jules Lemaitre dejónos una similar visión del maestro. La coincidencia merece señalarse. (Véase sobre el punto: JULES LEMAITRE, *Les contemporains*, etc., première série, pág. 193 y siguientes, Paris. Edición Boiven).

Anatole France, « el primer escritor contemporáneo » (1), también le encanta con los perfumes letales de su jardín epicúreo, y aprende en él que la sonrisa esconde el secreto de la bienaventuranza suprema: la sonrisa que perdona porque comprende.

El escepticismo de los maestros más llora que sonríe en las impresiones del discípulo. El tedio hace de él presa: en vano es que pasee por los rincones más hermosos del mundo, pues su propia conciencia abruma el encantador paisaje. El lago Lemán y el Bourget con sus armonías inmortales le dejan impasible. Su presente estado de ánimo transforma el cuadro familiar a Amiel. ¿Cómo gozar con las perspectivas lacustres rodeado de « bardos alemanes o ásperos ingleses? » (2).

Así su natural tolerancia se enerva de continuo con la torpeza humana. ¿Cómo sonreír olímpicamente cuando la necedad y la vanidad contrastan al sentido común? El recuerdo de Hugo y de Manzoni, a los cuales conoció personalmente, no logra hacerle olvidar al colega nesciente en la carrera diplomática. Aun parecería que la sombra de los dos poetas soberanos desaparece, en sus recuerdos, vencida por la sombra de estos buenos señores: « Los diplomáticos ostentaban ese aspecto impasible, que el vulgo atribuye a elevación de pensamiento y dominio de la vida, y que no es, ciento una vez por ciento, sino la traducción plástica de un vacío inmenso y desolado dentro del cerebro y de una sequedad de yesca al sol dentro del corazón. » (3). En vano quiere dominar sus arrebatos, pues la estulticia ambiente siempre le embarga. « Quiero que se acentúe en mi espíritu — confiesa en carta a Ernesto Quesada — cierta tendencia a la tolerancia, que he conseguido conquistar con esfuerzo sobre algunas violencias de temperamento... » (4).

(1) Véase MIGUEL CAYÉ, *Notas e impresiones* (con una introducción de Ernesto Quesada), página 230. Buenos Aires, 1918. Edición de « La cultura argentina ».

(2) Véase *op. cit.*, página 314.

(3) Véase *op. cit.*, página 269.

(4) Véase la *Introducción* de *Notas e impresiones, etc.*, página 29.

Este hombre, presa del escepticismo, del tedio, de la abulia, vibra con el arte. La música, la poesía, la pintura, la escultura, pueblan su mente de ideas divinas, hasta el punto de adorar a Dios en los céfiro de una melodía musical o poética. Wagner, antes de la consagración universal, ya le descubre un maravilloso mundo sonoro; Velázquez le deslumbra con sus colores y matices que robaron a la naturaleza el misterio de la forma; Dickens le emociona hasta humedecerle los ojos. La belleza, al golpear las estancias de su alma, manifiesta, a través del escepticismo que le cubre, a un temperamento esencialmente romántico.

En el fondo, fué siempre un romántico. La vieja generación, de Mármol y Sarmiento, en él perdura: un « deseo de lágrimas », como se decía antaño, le sube del corazón y acuerda de continuo sus impresiones. Y la vieja generación perdura con el más artista, si no el más eminente, su propio padre, don Miguel Cané, a quien consagramos un estudio en el tercer tomo de esta obra, y que su hijo caracteriza diestramente con este renglón, que no demanda comentario: « Mi padre profesaba en materias de literatura y arte, ideas análogas a las de Teófilo Gautier: creía que la belleza era independiente de la moral y de toda otra noción que a ella no se refiriera » (1).

En Cané había, a pesar de la sonrisa del mundano y el gesto del descreído, un fondo de humanidad inagotable.

De ahí que sus autores predilectos sean los más humanos: Shakespeare, Dickens, Pereda. ¡Cómo se exalta cuando evoca al trágico inglés, que forjó con barro terreno y con luz de estrella a sus criaturas; cómo admira, movido por ternera infinita, al creador de *David Copperfield*!

La figura celeste de Inés, la Beatriz de esta comedia humana; la figura deliciosa de Dora, en quien triunfa la belleza con la inconsciencia de las flores; la figura de la tía Betsy, tan excéntrica en sus gustos y tan comprensiva en su conducta; la figura de los Micawber y los Dick, en quienes se descubre la naturaleza con verdad

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*, página 149, Secaux, 1885.

terrible, y aun la figura del perrito Jip, tan encantador como su dueña, frecuentan constantemente el recuerdo de nuestro Cané y le hacen contemplar la vida real con ojos cordiales... ¡Cuántas memorias le habrán traído, en su fatigada existencia, los seres de Dickens, y cuánto perdón habrá otorgado en nombre de esos seres, que entre las luchas y los dolores, las ingratitudes y las injurias, conservaron intangible la fuente del amor y la esperanza!

Vió en el protagonista máximo el triunfo de la personalidad humana sobre las antojadizas leyes pedagógicas. « Para mis ideas propias — dice — el tipo de David es la tesis más brillante que se haya escrito contra la omnipotencia decantada de la educación... Lo que le salvó fué su organismo propio, algún misterioso ataxismo de bondad que irradiaba en él irresistible » (1).

Pudo haber recordado, con tal efecto, a otras criaturas de Dickens, v. gr. *Oliver Twist*, las cuales rebaten tácitamente la doctrina intelectualista y pedagógica de Stuart Mill y Spencer, cuya tesis se refuta, con más elocuencia todavía, en las páginas de *Hard Times*.

¡Cuánta espontaneidad en los héroes del gran escritor! Aun cuando la trama de sus obras se ciña a un postulado ético y pague tributo al afán docente de la literatura de la época, con el premio al bien y el castigo al mal, en una forma que recuerda, si en ello no hay irreverencia, el desenlace previsto en las películas de la industria cinematográfica americana; aun cuando la trama de sus obras ostente artificio preconocido, el genio de Dickens logra infundir a sus héroes cierta inconsciencia estética que les emancipa, con soplo trascendente, de las manos de su propio hacedor, para seguir la senda que les señaló el destino.

Cané lee en Viena *Sotileza*. Penetra como nadie en la obra extraordinaria. La naturaleza habla una vez más a su espíritu y despierta en él — refinado en su vida y en sus gustos estéticos — al hombre primitivo, espontáneo. « Es un libro shakespeariano — escribe a García Mérou —, y usted que conoce mi admiración apa-

(1) Véase *op. cit.*, página 8 y siguiente.

sionada y violenta por el poeta inglés, sabrá valorar mi elogio. Hay más color en *Sottileza* que en todas las telas de los venecianos reunidas. Eso es naturalismo, hinojo! Eso es verdad, eso es vida, cuerno y recuerno! Bajo ese aspecto, pongo a Pereda a cien codos arriba de Zola ... No, mire, váyase a lo de Pereda y dígame que, día más, día menos, un hombre va a entrar como una bomba en su cuarto, lo va apretar contra el pecho hasta hacerlo crujir y se va a largar sin decirle esta boca es mía. Que no busque largo: seré yo » (1).

Puede llamar a engaño la cultura de Cané, nutrida especialmente en la literatura francesa contemporánea; puede llamar a engaño la apariencia de su vida de gran señor, entre los ocios diplomáticos y las pompas cortesanas; puede llamar a engaño su mismo estilo de cronista ligero, que se complace en describir los ambientes frívolos de las viejas sociedades; puede llamar a engaño esa fase de su personalidad respecto al fondo que en él descubrimos. Pues en el escéptico, en el mundano, en el pintor risueño de las culturas decadentes, escóndese un corazón digno de altos y nobles pensamientos.

Recuerdo que Pierre Loti, en un momento de introversión, desnuda su alma y nos dice que en el artista de gustos exquisitos, en el artista amante de lo exótico que en él hay, alienta un hombre-naturaleza, simple, puro, con la « ingenuidad de un niño » (2).

Este hombre-naturaleza despierta muy a menudo en Cané. No sólo el arte humano de Shakespeare y Dickens sacude su sensibilidad, aletargada con la literatura trivial, pues también la vida logra arrancarle apóstrofes de anatema o de júbilo. Puede contemporizar con la existencia libre de París en los casinos, en los teatros, en los salones; pero si esta existencia ahoga el valor viril, el hombre-naturaleza se rebela hasta la iracundia. Le impresiona

(1) Véase MARTÍN GARCÍA MÉROU, *Recuerdos literarios (con una introducción de Ricardo Monner Sans)*, página 352 y siguiente, Buenos Aires, 1915. Edición de « La cultura argentina ».

(2) Véase PIERRE LOTI, *Journal intime*, etc., página 175. París, 1925.

profundamente el incendio del Bazar de caridad, en cuyas llamas perecieron muchísimas señoras de la aristocracia francesa, y quedaron carbonizados los bastones y sombreros masculinos, cuyos dueños huyeron... Le impresionan profundamente, en sentido opuesto, los hechos heroicos: los expedicionarios que arriesgan su vida entre los hielos polares en más de una oportunidad le mueven a la alabanza.

El valor y el talento son para él las formas absolutas del más allá: Dios podrá no existir, pero sí existen los arquetipos de lo bueno y hermoso. ¡Tristes de los pueblos que no crean en esta verdad! En cierta ocasión afirma — con el mismo acento que gastaba Renan, en su vejez gloriosa, al dirigirse a los estudiantes de París — estos altísimos conceptos:

« Sí, mis jóvenes amigos; el ideal, aun con sus puntas de ridículo, es necesario, es indispensable en la vida. No ahoguéis, por Dios, por prurito de modernismo, por *pose* de hombres prácticos, por snobismo de espíritus secos y positivos, los ímpetus generosos que os mueven a arrojaros a la cabeza de un caballo desbocado, a las llamas de un incendio, al socorro de un hombre que se ahoga, a arrancar un niño de entre las ruedas de un tramway...

« ¡Chocheces, lirismos de viejo! De ellas ha vivido el mundo durante miles de años, y al fin si la humanidad tiene un patrimonio de gloria, no lo conquistaron, por cierto, el egoísmo, el cálculo frío o la cobardía. Fueron estos gérmenes de nobleza, que en los buenos momentos sentimos dentro de nosotros y que, en resumidas cuentas, son los únicos que pueden, vaga y remotamente, justificar nuestra pretensión de un origen divino » (1).

No en vano debió tener un alma henchida de aspiraciones, de noblezas, de nostalgias terrenas y aun celestes, quien trazó las páginas fragantes de *Juvenilia*.

Se comprende que quien busca en la belleza el trasunto de la humanidad con sus dolores y alegrías, sus pequeñeces y excelsi-

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones*, etc., páginas 163 y 165. Buenos Aires, 1918.

tudes, abrigue un ostensible desvío por el arte que se sustenta sólo en el arte o que requiere la ayuda de la historia o la arqueología. De ahí que nos asusten un poco sus herejías, siquiera las comprendamos, sobre la cultura clásica: Píndaro, Horacio, Virgilio, le traen sólo tedio. Tuvo al menos la franqueza de advertirnos tal desvío, y no esperó, como el desenfadado Ventura de la Vega, la hora de la muerte para confesarnos que nunca pudo aguantar al Alighieri. Oigámosle: « ... Afirmo, apelando a mí mismo y a la lealtad de los que en mi caso se encuentren, que después de tres capítulos de las *Afinidades electivas* o del *Wilhem Meister* de Goethe, es con verdadera delicia que tomo un romance de Daudet o de Dickens. Sostengo también que el simple título: Alfieri, *Tragédie*, o Corneille, *Théâtre complet*, me hace una impresión análoga a la que debe sentir el triste oficinista que encuentra sobre su mesa una montaña de notas para copiar » (1).

Entiéndase, empero, que, como buen letrado, no pudo dejar de comprender la trascendencia de los estudios clásicos. Vió en ellos una suerte de disciplina mental indispensable en la enseñanza universitaria. Decía, en 1901, en la Facultad de letras: « Entiendo por estudios clásicos, la especial manera de cultivar el espíritu de los hombres durante la infancia y la adolescencia, puesta en práctica en el mundo occidental a partir del Renacimiento, sistema que, combinando la luz griega y el poder de organizar de los romanos, con la fuerza moral del cristianismo, ha dado por resultado la civilización actual que, buena o mala, es lo mejor que hasta ahora se ha conocido sobre la tierra » (2).

En su juventud escribía: « El último libro grave que he leído, viene de Francia... ¡siempre el espíritu ha de irradiar de ese cerebro! » (3). Y en sus postreros días exclamaba, al referirse a Charcot:

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*, página 120 y siguiente, Sceaux, 1885.

(2) Véase MIGUEL CANÉ, *Discursos y conferencias*, volumen póstumo ordenado por el autor (precedido por una impresión de Roberto J. Payró), página 53, Buenos Aires, 1919. Edición de « La cultura argentina ».

(3) Véase MIGUEL CANÉ, *Ensayos, etc.*, página 90, Buenos Aires, 1919.

« Hoy podemos en presencia de uno de sus buenos hijos, que perpetúa la alta tradición intelectual de su nombre, enviar a la nodriza de nuestras inteligencias, a la dulce y segura guía de nuestro gusto artístico, la expresión de nuestra veneración filial » (1).

Francia le atrae, le subyuga. Recoge en el idioma de Molière sus más recónditos matices, pues siente su alma como un ciudadano de París. Comprende que el español que maneja es pobre en su vocabulario y galicado en sus giros; mas acaso cree que el idioma de Cervantes (creencia que se robustecería con el magisterio de Paul Groussac, que en éste como en otros muchos puntos influye sobre sus contemporáneos platenses), se renova con el contacto forastero. « ... No escribimos en español — advierte — sino en un dialecto especial, en el que el vocablo es más o menos castellano y la forma siempre francesa. » Luego añade: « La educación que recibimos, sirviéndonos de textos franceses, el encanto de la literatura galicana y sobre todo la universalidad de ese idioma maravilloso que no decae nunca, sea ondulando bajo la pluma de Musset o sirviendo para la exposición científica de Burnouf o Champollion, me aparta constantemente de la lectura española, sin que el esfuerzo intelectual de la España contemporánea sea capaz de atraernos hacia ella » (2).

Su cultura francesa se dilata soberanamente con la perspectiva shakespeariana, y luego con la visión de España.

Él, como Alberdi y Sarmiento, se reconcilia en la madurez intelectual, y bajo el aspecto estético, con la tierra de nuestros mayores. Ya en Colombia, en el memorable viaje, debió de experimentar la pobreza de su propio léxico ante la opulencia del común idioma, sabiamente conservado en Bogotá: la villa ática. Después, durante la estancia en Madrid, descubre un mundo: sus poetas y sus artistas le dejan asombrado. La escuela de Cervantes sigue dando frutos en el siglo xix. *Fortunata y Jacinta* y *Án-*

(1) Véase MIGUEL CASÉ, *Discursos y conferencias*, etc., página 142, Buenos Aires, 1919.

(2) Véase MIGUEL CASÉ, *Charlas literarias*, página 147, Seeaux, 1885.

gel Guerra, de Pérez Galdós, le ofrecen « más naturalismo de verdad » que el que pueda contenerse en la « obra entera de Zola » (1).

Él, entonces, como Alberdi y Sarmiento, confiesa el error del desvío idiomático, y acaso también la tristeza de la experiencia irremediable. Oigámosle: « Por mí sé decir que fué bien entradito en años que leí a Solís, a Melo, a Quintana y a otros de los maestros que nos presentan el cuadro incomparable de nuestra lengua, bien manejada, apta y flexible para todo, a pesar de las deficiencias que le encontraba aquel buen señor de Ochoa, que declaraba haber pasado días enteros para verter una página de la *Mariana* de Sandeau, tan sutil era el tejido de los análisis psicológicos del escritor francés. Echar la culpa a la lengua en esos casos, vale romper los pinceles con los que no se alcanza a producir una obra maestra » (2).

En el cronista, en el viajero, en el peregrino del arte, asoma siempre el sentimiento de la patria. El ala de los románticos arrastra sus memorias y el río paterno luce argento en sus visiones. Desde París, más luminoso que nunca con la visita de los emperadores de Rusia, escribe estas palabras que tienen la nostalgia de Rafael Obligado: « ... A riesgo de ser tratado de bárbaro, cafre o visigodo, confieso que me sería bien grato, de regreso a mi patria, ver algún aspecto de mi infancia, algún delicioso Hueco de Cabecitas, con mucho pantano, mucha pita, que me recordara las rudas batallas a pedradas o los feroces entreveros a moquete limpio, páginas gloriosas que cantan en la memoria de mis primeros años » (3).

¿Qué mucho si las ausencias de la diplomacia nunca le hicieron olvidar el rincón natal? Entre los esplendores de Viena y París

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera* (con una introducción de Martín García Mérou, página 31, Buenos Aires, 1919. Edición de « La cultura argentina »).

(2) Véase *op. cit.*, página 62.

(3) Véase MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones*, etc., página 54. Buenos Aires, 1918.

crece ante él la sombra remota: los abuelos con sus altísimas enseñanzas, los amigos con la charla fraternal. Lucio López, Aristóbulo del Valle, Roque Sáenz Peña, más de una vez le trajeron la imagen ausente de la « gran aldea ».

Añora esa imagen exornada con el prestigio intelectual. Tiene fe en el futuro con la experiencia del pasado. Sabe que los pueblos sobreviven en la historia por la labor de sus poetas y sus artistas, y que el « milagro griego » no es una figura literaria. Por lo tanto, se comprende el sentido de estas palabras: « ... Pienso que el porvenir intelectual de nuestro país está reservado a la modesta Facultad de filosofía y letras » (1). Jamás se cansó de proclamar a las virtudes estéticas como patrimonio soberano, y muchas veces tuvo que descubrir este concepto a los hijos febriles de la Babel del 90, que no siempre lo comprendieron.

El cronista ameno se convierte en un apóstol del buen gusto. La diosa armonía impera en su escudo de letrado. En su más hermosa página, consagrada a Sarmiento, se recogen estas ideas: « Hay que levantar el alma popular por la edacación, por la cultura artística, por la prédica del libro, por el ejemplo viniendo de lo alto, que marca un rumbo, como las estrellas al navegante. Sólo el ideal mantiene a las naciones erguidas y fuertes como la noción del deber al individuo ... » (2).

Cané, el más « impresionista » de nuestros críticos, no ha doctrinado nunca sobre la belleza. Percibe el arte, la poesía, la naturaleza, como estados del propio ánimo. ¡Cuán hermoso es sentirse mecido por las armonías inmortales, y cuán enojoso fuera penetrar reflexivamente en el origen del placer estético! Jules Lemaitre, con quien tiene nuestro crítico puntos de contacto, experimentaba en la belleza una impresión semejante. Alguna vez Cané discurre sobre dicha materia, bajo el aspecto personal se entiende, en este corto comentario que descubre su actitud artis-

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Discursos y conferencias*, etc., página 19. Buenos Aires, 1919.

(2) Véase *op. cit.*, página 96 y siguiente.

tica: «Creo que me falta una fuerza esencial en el arte literario, la impersonalidad, entendiendo por ella la facultad de dominar las simpatías íntimas y afrontar la pintura de la vida con el escarpelo en la mano que no hace vacilar el rápido latir del corazón» (1).

Acaso esa actitud, fugaz de suyo, le dañe. Su producción carece de consistencia y acusa las alas que él pidió a las mariposas, pudiendo lucir las aguileñas. Fué superior a la obra que dejó a los pósteros. De ahí que a pesar del encanto de sus crónicas, del ingenio de sus juicios, de la frescura inimitable de su prosa, sea menester cierto esfuerzo para juzgarle: debemos de penetrarnos en su ambiente, en su época.

Sólo así comprendemos la admiración unánime que provocaron las *notas*, las *impresiones*, las *charlas* del diletante insomne, quien vivió su vida, como uno de esos señores del Renacimiento, sin apurarse a sacar de ella frutos permanentes. El escéptico sofocó al artista. ¿Qué vale la gloria, aun la literaria, en la *infinita vanità del tutto*, que dijo el poeta!

JORGE MAX ROIDE.

(1) Véase MIGUEL CANÉ, *Juvenilia*, etc., página 25 y siguiente, Buenos Aires, 1916. Edición de «La cultura argentina».